

NUEVA VERSIÓN DE *LUCÍA* DE ALFRED DE MUSSET  
POR DAVID MEJÍA VELILLA Y OTRAS OPCIONES

David Mejía Velilla

Presentamos al lector una nueva versión de la elegía *Lucía* del célebre poeta romántico francés Alfred de Musset. El texto fue escrito en mayo de 1835, pero el interés por él, como una de las obras maestras de la literatura universal, sigue siendo muy vivo. Lo prueba, entre otros, la nueva y exquisita traducción al español realizada por el poeta y académico David Mejía Velilla.

El lenguaje es un fenómeno dinámico. El español en el periodo de casi dos siglos también varió mucho. Invitamos al lector a hacer

una lectura comparativa del texto actualizado por el poeta, tan vinculado a la Universidad de La Sabana desde sus inicios, con el original y con las traslaciones de Clemente Zenea, poeta cubano del siglo XIX y la de Nicolás Bayona Posada, destacado crítico y poeta colombiano de la primera mitad del siglo XX.

La poesía siempre invita a una rica reflexión y la lectura de las distintas opciones líricas, nos acerca al concepto de la historicidad del quehacer literario y de la cultura en general.

## LUCÍA

Caros amigos, cuando yo muera,  
plantad un sauce en mi tumba.  
Yo amo ese follaje desolado,  
su palidez me es dulce y querida,  
y su sombra será leve  
para la tierra en que dormiré.

Una tarde. Estabamos solos. Yo, sentado junto a ella,  
que inclinaba la cabeza y sobre el clavecín  
dejaba, ensoñadora, flotar su blanca mano.

No era más que un murmullo: era como un roce de alas,  
un viento lejano que regresa, deslizándose sobre las rosas,  
y teme que al pasar se despierten los pájaros.

A nuestro alrededor, la cálida voluptuosidad de la noche  
emanaba del cáliz de las flores.

Los castaños del parque y las añosas encinas  
mecían dulcemente sus ramas llorosas.

Nosotros oíamos la noche; la ventana entreabierta  
nos dejaba llegar los perfumes de la primavera;  
los vientos estaban mudos; el camino, desierto;  
nosotros, solos, pensativos, teníamos quince años.

Yo miré a Lucía. Pálida y rubia.  
Nunca unos ojos han tenido más la dulzura del cielo más puro,  
ni más han sondeado la profundidad y reflejado el azur.

Su belleza me adormecía; yo no la amé sino a ella en el mundo.  
Pero yo creía amarla como se ama a una hermana.  
Todo lo que de ella venía era el pleno pudor.

Desfallecimos largo tiempo; mi mano tocó su mano,  
contemplé el ensueño de su frente triste y amada,  
y sentía en el alma, a cada movimiento,  
que poco estarían con nosotros, para aliviar toda pena,  
estos dos signos unidos de paz y felicidad:  
juventud del rostro, juventud del corazón.

La luna se alzaba en un cielo sin nubes  
como un largo velo de plata que de golpe lo inundase

Ella vio, en mis ojos, resplandecer su imagen:  
su sonrisa parecía un ángel. Ella cantó.

¡Hija del dolor, armonía, armonía!  
Lengua que el genio inventó para el amor.  
Que nos vino de Italia, que le vino del cielo.  
¡Dulce lengua del corazón, la sola del pensamiento,  
esta virgen tímida y de una discreción agresiva  
se puso el velo en los ojos, sin timidez!

—¿Quién sabe esto que un niño puede entender y puede decir,  
en tus suspiros divinos, nacidos del aire que respira,  
tristes como su corazón y dulces como su voz?

¡Se sorprende una mirada, una lágrima que cae;  
lo demás es un misterio ignorado de la multitud,  
como aquello que flota, de la noche y de los bosques!

Nosotros estábamos solos, pensativos; yo miraba a Lucía.  
El eco de su canción temblaba en nuestros semblantes.

Apoyó en mí su cabeza pesarosa.  
Sentí en tu corazón gemir a Desdémona,  
pobre niña. Tú llorabas.  
Sobre tu boca adorada  
dejaste posar mis labios tristemente;  
y éste fue tu dolor, que renovó mi abatimiento,  
cuando te abracé, fría y descolorida,  
así, dos meses después, cuando te fuiste a la tumba.

Así, oh mi casta flor, tú te desvaneciste.  
Tu muerte fue una sonrisa así de dulce como tu vida,  
y fuiste llevada a Dios en tu niñez.

¡Dulce misterio de todo lo que toca la inocencia,  
canciones, sueños de amor, risas, propósitos de niño,  
y tú, encantadora desconocida, que de nada se defiende,  
que extasió a Fausto a la puerta de Margarita!

Candores de los primeros días: –¿qué os habéis hecho?  
¡paz profunda a tu alma, niña, y a tu memoria!

¡Adiós! Tu blanca mano sobre el teclado de marfil  
no volverá más en las noches de verano...

Caros amigos, cuando yo muera,  
plantad un sauce en el cementerio.  
yo amo su follaje desolado,  
su palidez me es dulce y cara,  
y su sombra será leve  
para la tierra donde dormiré.

(Intentó la versión al castellano David Mejía Velilla,  
más por amor al poeta, y al poema y a Lucía, que por saber francés.  
Bucaramanga, septiembre de 1991.)

## LUCIE

### ÉLÉGIE

Mes chers amis, quand je mourrai,  
Plantez un saule au cimetière.  
J'aime son feuillage éploré,  
La pâleur m'en est douce et chère,  
Et son ombre sera légère  
À la terre où je dormirai

Un soir, nous étions seuls, j'étais assis près d'elle,  
Elle penchait la tête, et sur son clavecin  
Laisait, tout en rêvant, flotter sa blanche main.  
Ce n'était qu'un murmure: on eût dit les coups d'aile  
D'un zéphyr éloigné glissant sur des roseaux,  
Et craignant en passant d'éveiller les oiseaux.  
Les tièdes voluptés des nuits mélancoliques  
Sortaient autour de nous du calice des fleurs.  
Les marronniers du parc et les chênes antiques  
Se berçaient doucement sous leurs rameaux en pleurs.  
Nous écoutions la nuit; la croisée entr'ouverte  
Laisait venir à nous les parfums du printemps;  
Les vents étaient muets, la plaine était déserte;  
Nous étions seuls, pensifs, et nous avions quinze ans.  
Je regardais Lucie . – Elle était pâle et blonde.  
Jamais deux yeux plus doux n'ont du ciel le plus pur  
Sondé la profondeur et réfléchi l'azur  
Sa beauté m'enivrait; je n'aimais qu'elle au monde.  
Mais je croyais l'aimer comme on aime une soeur,  
Tant ce qui venait d'elle était plein de pudeur!  
Nous nous tûmes longtemps; ma main touchait la sienne,  
Je regardais rêver son front triste et charmant,  
Et je sentais dans l'âme, à chaque mouvement,  
Combien peuvent sur nous, pour guérir toute peine,  
Ces deux signes jumeaux de paix et de bonheur,  
Jeunesse de visage et jeunesse de coeur.  
La lune, se levant dans un ciel sans nuage,  
D'un long réseau d'argent tout à coup l'inonda.  
Elle vit dans mes yeux resplendir son image:  
Son sourire semblait d'un ange: elle chanta.

Fille de la douleur, Harmonie! Harmonie!  
Langue que pour l'amour inventa le génie!

Qui nous vins d'Italie, et qui lui vins des cieux!  
Douce langue du cœur, la seule où la pensée,  
Cette vierge craintive et d'une ombre offensée  
Passe en gardant son voile et sans craindre les yeux!  
Qui sait ce qu'un enfant peut entendre et peut dire  
Dans tes soupirs divins, nés de l'air qu'il respire,  
Tristes comme son cœur et doux comme sa voix?  
On surprend un regard, une larme qui coule;  
Le reste est un mystère ignoré de la foule,  
Comme celui des flots, de la nuit et des bois!  
Nous étions seuls, pensifs; je regardais Lucie.  
L'écho de sa romance en nous semblait frémir.  
Elle appuya sur moi sa tête appesantie.  
Sentais-tu dans ton cœur Desdemona gémir,  
Pauvre enfant? Tu pleurais; sur ta bouche adorée  
Tu laissas tristement mes lèvres se poser,  
Et ce fut ta douleur qui reçut mon baiser.  
Telle je t'embrassai, froide et décolorée,  
Telle, deux mois après, tu fus mise au tombeau;  
Telle, ô ma chaste fleur! Tu t'es évanouie.  
Ta mort fut un sourire aussi doux que ta vie,  
Et tu fus rapportée à Dieu dans ton berceau.

Doux mystère du toit que l'innocence habite,  
Chansons, rêves d'amour, rires, propos d'enfant,  
Et toi, charme inconnu dont rien ne se défend,  
Qui fis hésiter Faust au seuil de Marguerite,  
Candeurs des premiers jours, qu'êtes-vous devenus?  
Paix profonde à ton âme, enfant! À ta mémoire!  
Adieu! Ta blanche main sur le clavier d'ivoire,  
Durant les nuits d'été, ne voltigera plus...

Mes chers amis, quand je mourrai,  
Plantez un saule au cimetière.  
J'aime son feuillage éploré,  
La pâleur m'en est douce et chère,  
Et son ombre sera légère  
A la terre où je dormirai.

Mai 1835

## LUCÍA

Plantad, amigos, cuando yo muera,  
Un triste sauce en el cementerio;  
Pláceme un árbol tan funeral,  
Y ha tiempo aguardo que en el misterio  
Será su sombra, sombra ligera  
Para mi humilde lecho mortal.

Estábamos sentados juntos: ella  
Inclinaba su frente y sobre el piano  
Dejaba en tanto, pensativa y bella,  
Al capricho vagar su blanca mano,  
No era más que un murmullo: parecía  
La tenue voz de un céfiro distante  
Que al ave implume despertar temía,  
Y entre los juncos revolaba errante,  
Los delirios, las ansias voluptuosas  
Que en horas melancólicas brotaron,  
Salieron del capullo de las rosas  
Y a fuego lento el corazón quemaron.  
Meció su rama mustia el roble añoso,  
La estrella del pesar rasgó su velo,  
Y al gemir de la noche, en el reposo,  
Nos pareció que nos hablaba el cielo.  
Entraba por las rejas entreabiertas  
El olor virginal de los collados.  
Estaban las praderas ya desiertas,  
Y estábamos los dos enamorados.

Estábamos así meditabundos,  
Solos y tristes, y en la edad florida  
En que se van las almas a otros mundos,  
Y aspiran lo inmortal en otra vida.  
Yo me puse á mirarla: era Lucía  
En lo infinito del dolor un astro:  
Era rubia, y el rostro le cubría  
La suave palidez del alabastro.  
Nunca otros ojos, en mayores duelos,  
Buscaron más la luz en lo futuro,  
Sondearon más lo inmenso del cielo,  
Ni reflejaron un azul más puro:  
Yo me embriagaba en su hermosura, y tanto  
La castidad solemnizó sus gracias,  
Que en ella halló por fin mi afecto sano  
Una hermana de dichas y desgracias.

Pasaban en silencio los momentos;  
Y viendo yo que su semblante ardía  
En la llama de ocultos pensamientos,  
Cogí su mano y la estreché en la mía.  
Y entonces comprendí que en los enojos  
De la fortuna, sólo dan la calma  
La juventud de unos hermosos ojos  
Y la apacible juventud del alma.  
Levantóse la luna en el Oriente  
En medio de la atmósfera serena;  
Y ella al sentir la luz sobre su frente,  
Sonrió cual ángel y cantó su pena:

¡Oh diosa del dolor! ¡Dulce armonía!  
Idioma del amor y del consuelo,  
Que Italia nos prestó con la poesía,  
Y que la Italia recibió del cielo!  
¡Lengua del corazón, sublime acento  
Idealidad, que va en la nube esbelta,  
Espacio en que no teme el pensamiento  
Pasar cual virgen en su velo envuelta!  
¡Oh! Quién puede saber cuántos halagos  
Siente la joven que infeliz delira,  
Y lo que dice en los suspiros vagos  
Que nacen en el aire que respira!  
¿Quién lo puede saber? Uno sorprende  
Una mirada, y lo demás lo ignora  
La multitud, como jamás entiende  
Lo que en la noche y en los bosques llora.

Los dos a contemplarnos nos pusimos,  
Y estrechó su horizonte la esperanza,  
Y dentro del pecho retemblar sentimos  
El eco angelical de su romanza.  
Ella inclinó en mi seno su cabeza  
Y comenzó á gemir, ¡oh mi querida!  
¿Sentiste a Desdémona afligida?  
¡Tú llorabas, mi bien! Tu boca mustia  
Mi boca comprimíó; su duro peso  
Sobre tu cuello descargó la angustia  
Y fue el dolor quien recibió mi beso.

Así yo te besé pálida y yerta:  
Así dos meses después, ¡oh niña mía!  
Estabas ya bajo la tierra, muerta



Y Yerba vil sobre mi amor crecía!  
No fue muy duro tu existir: al verte,  
Te protegió risueña la fortuna;  
Y una mañana al despertar, la muerte  
Voló hacia Dios y te llevó en la cuna.  
¡Oh dulce hogar que hospeda á la inocencia!  
¡Cantos, sueños de paz, glorias doradas!  
¡Oh augusta soledad, santa creencia,  
Sonrisas de placer, tristes miradas!  
¡Y tú también, pasión conmovedora,  
Que en el umbral de Margarita hacías  
Temblar á Fausto!... ¿a dónde estáis ahora,  
Dulce candor de los primeros días?...  
¡Duerme por fin en paz! Duerme, ángel mío!  
¡Paz profunda a tu alma! ¡Adios! Tu mano  
Ya no más en las noches del estío  
Podrá vagar sobre el marfil del piano...  
Plantad, amigos, cuando yo muera,  
Un triste sauce en el cementerio;  
Pláceme un árbol tan funeral!,  
Y ha tiempo aguardo que en el misterio,  
Será su sombra, sombra ligera  
Para mi humilde lecho mortal.

Traducido por Juan Clemente Zenea, poeta cubano, siglo XIX.

## LUCÍA

Amo los sauces que a la brisa  
mecen la fértil cabellera;  
su sombra vaga se imprecisa  
sobre los céspedes, ligera.

Ya de mi vida el lento cauce  
en mar eterno se derrumba.  
Caros amigos: con un sauce  
ornad la tierra de mi tumba...

Una tarde... Muy solos.... Sentado junto a ella...  
Inclinaba la frente de mármol y de estrella  
y en el viejo teclado que recuerdos arranca  
dejaba, soñadora, flotar la mano blanca...

No; música no era: parecía el murmullo  
del céfiro que pasa meciendo con su arrullo  
las frondas, y que teme sollocen los rosales  
o despierten los trinos en los cañaverales.

El filtro con que llena sus ánforas la noche  
de las flores se alzaba que entreabrían su broche,  
y, en torno de nosotros, de la pradera el manto  
constelaban los árboles con sus cuentas de llanto...

El parque silencioso... Los vientos adormidos...  
Dócil rumor de alas palpitando en los nidos...  
El silencio elocuente de la tarde severa...  
Los caminos desiertos... Olor de primavera...  
A lo lejos el lento balar de los rebaños  
y con nosotros sólo nuestro amor de quince años...

Era pálida y rubia... Se llamaba Lucía...  
Jamás tendrán dos ojos la casta poesía  
que trocada en torrentes de divinos destellos  
vibraba en esos ojos tan mansos y tan bellos...  
Acaso aquella tarde moría entre sonrojos  
porque el azul copiaba los cielos de sus ojos...

Su beldad me embriagaba de ternura y de ensueño.  
Mi corazón la tuvo por el único dueño,  
y mi pasión por ella –toda candor de armiño–

fue el beso de una madre o el sollozar de un niño.  
Apenas me atrevía suavemente a mirarla  
temía que mis ojos pudieran profanarla;  
temía que mis manos al estrechar sus manos  
condujeran su espíritu por países arcanos;  
temía que trocara sus castos alborozos  
el vibrar de mis nervios en tristeza y sollozos...

Los caminos desiertos... De un nido los rumores.  
El alma de la tarde quejándose en las flores,  
y con nosotros solo bajo la augusta calma  
la juventud del cuerpo, la juventud del alma...

Clavé en su rostro de virgen la mirada.  
Ella se vio en mis ojos dolientes reflejada,  
y de rubor cubierta dejó vagar la vista  
por el parque silente que a la luz de amatista  
enastaba en las frondas un retazo de cielo  
en que cándida luna desplegaba su velo.

Otra vez de las teclas se elevaron los sonos  
y las brisas la oyeron modular sus canciones...

¡Oh, la música es hija del Dolor! Cada nota  
es de Dios fiel resumen. A sus plantas borbota  
la fuente cuyas linfas con llanto se formaron  
y en que sed de infinito las almas acendrarón.  
Cuando vibran los ecos de amorosa sonata  
el cuerpo se recoge y el alma se dilata,  
a contemplar que bajan en mística teoría  
—tan dulces cual la noche, tan bellas como el día—  
las Hadas taumatúrgas que vagan entre sueños  
y cuyas manos puras enhebran los ensueños.  
Y el corazón recuerda cuando la nota escucha  
las esperanzas muertas en medio de la lucha,  
las lágrimas vertidas por cándida doncella,  
los lánguidos suspiros que fueron tras su huella,  
los ojos que miraron, los labios que dijeron  
palabras divinales que al aire se volvieron  
y el tentador misterio que no se aclara nunca,  
el viaje interrumpido, la carta siempre trunca...

Sin verlos, contemplaba los ojos de Lucía...  
En el teclado ebúrneo mi corazón gemía...

Como hermana afligida, la que tiemblo si nombro  
la dorada cabeza reclinó sobre mi hombro  
y envolvió mi quebranto como en fúlgidos tules  
en la túnica blanda de sus ojos azules...

Yo temblé sin quererlo. Como avecilla loca  
mi boca fue a posarse sobre su fresca boca,  
pero de aquellos besos las tímidas tibiezas  
sus labios no besaron: besaron sus tristezas...

Sus tristezas ignotas... la tristeza infinita  
con que después, lo mismo que una rosa marchita,  
se fue desvaneciendo... la tristeza embriagante  
que vi por vez postrera prendida a su semblante  
cuando en la caja blanca, bajo la noche bruna,  
se durmió como un niño que se duerme en la cuna...

El viejo clavicornio de mi dolor sabía...  
Era pálida y rubia... Se llamaba Lucía...

No, no puedo olvidarla... Mis sueños juveniles,  
el encanto inefable de mis ansias febriles,  
la inocencia divina que de albor se alimenta,  
las primeras angustias al llegar la tormenta,  
las primeras ternuras, los primeros amores,  
las inmensas preguntas al deshojar las flores...  
todo se fue con ella, con su candor de armiño  
con sus amantes ojos, con su pasión de niño...

En el teclado ebúrneo mi corazón gemía...  
Era pálida y rubia... Se llamaba Lucía...

Amo los sauces que a la brisa  
peinan la fértil cabellera;  
su sombra vaga se imprecisa  
sobre los céspedes, ligera

Ya de mi vida el lento cauce  
en mar eterno se derrumba.  
Caros amigos: con un sauce  
ornad la tierra de mi tumba...■

*Nicolás Bayona Posada*